

IV.

Hemos visto en el párrafo anterior el carácter de ferocidad que iba tomando la guerra en Cataluña, cuando todavía los carlistas no respiraban con mucho desahogo. En el Norte, donde contaban ya con un ejército disciplinado y valiente, los horribles excesos que desde un año ántes venian cometiéndose habian llamado la atención de los extranjeros: y movido al Rey de Inglaterra á dirigir una carta á su ministro lord Palmerston, quejándose de que se cometiesen tales horrores.

Allí no habia cuartel: los infelices oficiales que caian prisioneros, de una y otra parte, eran desapiadadamente fusilados: conforme á los rigurosos bandos y órdenes de los generales isabelinos y carlistas, incurrian en la pena de muerte, no solamente los que eran cogidos con las armas en la mano, sino los que de cualquier modo servian, voluntaria ó forzosamente á la causa contraria. Fuera de esto, se habian dado repetidos ejemplos de vandalismo por parte de los carlistas, incendiado pueblos para rendir á sus defensores, y hasta las iglesias en que solian hacerse fuertes los Urbanos. Sobre todo, la ley de represalias, si ley puede llamarse la bárbara crueldad que se ensangrienta en los vencidos indefensos, era terrible y puntualmente observada, excepto en algunos casos muy particulares.

La opinion pública condenaba estos horrores; la prensa clamaba contra ellos, y los mismos generales se condolian de semejante situacion; y justo es decir que, durante los últimos meses, desde que Mina tomó el mando del Ejército, se habia suavizado en lo posible aquel rigor, siendo este general el primero que dió el ejemplo, de moderacion y templanza, y procediendo á veces con una generosidad magnánima, que no era imitada ni agradecida por sus contrarios ¹.

¹ Mina se propuso seguir en el Norte una política de atraccion y de conciliacion, que habria dado los mejores resultados, al mismo tiempo que, á pesar de sus achaques, proseguia vigorosamente la guerra. Siempre, á tocas horas estaba visible para cuantos solicitaban hablarle, y sin distinguir de opiniones, hacia pronta justicia y dispensaba gracia á sus mismos contrarios. Soltó á muchos que estaban presos; y á otros que se hallaban emigrados, les permitió volver al seno de sus familias. Dió la libertad á la hija y á la nodriza de Zumalacárregui, que no se lo agradeció, y á veinte y tantos prisioneros que hizo en Lumbier, los cuales se volvieron á las filas carlistas, y pagaron luego este mismo beneficio asesinando vilmente á los soldados de la Reina que tuvieron la desgracia de caer en sus manos, y jactándose de que tenian vivos deseos de acabar con todos los liberales.—Mina usó rara vez de represalias, y una de ellas fué con justo motivo. Habiendo preso Zumalacárregui á varias señoras de Baztan, cuyos maridos habian emigrado, despues de darles un trato inhumano, las multó en 21,000 duros.

No bastaba, sin embargo, la buena disposicion de Mina y del Gobierno mismo para dulcificar el modo de hacer la guerra, mientras no mediase un convenio, un pacto expreso y solemne, que obligase á las dos partes á respetar la vida de los prisioneros. Todos lo deseaban, y á todos convenia; pero ni estaba bien al Gobierno hacer proposiciones á los rebeldes, ni mucho menos estos las habrian iniciado por no humillarse ante el mismo poder que combatian. Tomóse de aquí pretexto para intervenir en nuestras querellas, y habiendo aceptado el Gobierno español la mediacion de Inglaterra, participó á Mina, en 4 de Abril, que iban á salir de Lóndres dos comisionados con el importante encargo de presentarse á Don Carlos á fin de disuadirle de continuar la lucha en que estaba empeñado, manifestándole su inutilidad, "por las ningunas esperanzas que tenia de ser ayudado, no solamente por la Inglaterra, sino por ningun otro pais de Europa, y la imposibilidad, por consiguiente, de lograr su objeto en España, vista la decision de esta de permanecer fiel á su soberana.," Decíasele además que esta era la mision reservada de los comisionados; pues la ostensible seria la de proponer, de acuerdo con nuestro Gobierno, un tratado para el canje de prisioneros entre ambas partes.

Si á esto solo se hubiese limitado la oficiosidad inglesa, digna de aplauso fuera su intervencion; pero traian además sus comisionados la mision secreta de proponer á Don Carlos el matrimonio de su primogénito con la Reina, y tanto esto, como su modo de intervenir era muy peligroso; y no podia ocultarse á la penetracion de aquellos hábiles isleños, que obrando así daban fuerza moral á los carlistas, y hacian interminable la guerra. Bien lo comprendió Mina, sin tener conocimiento de la parte secreta de aquellas negociaciones; pues manifestó á Martinez de la Rosa el temor que abrigaba de que los carlistas se envalentonasen, al ver que se presentaban á su señor los comisionados del Gobierno inglés. Y no sin viva inquietud vió el anciano general la precipitacion con que se llevaba este asunto, presentándose inmediatamente en Bayona el negociador lord Elliot, y corriendo desde Madrid á recibirle en la frontera su compatriota Mister Wilde, para tener con él una entrevista antes que pasase al campamento de Don Carlos.

Mina, que nunca vió con buenos ojos la ingerencia de los extranjeros en nuestros asuntos; Mina que, emigrado en Francia el año de 1815, y rodeado de la aureola

que á fuerza de súplicas redujo á 14,000.—Mina lo supo extraoficialmente; se hizo el desentendido, y dejó que se negociase aquel inicuo rescate; pero en cuanto las señoras estuvieron libres, mandó prender á la madre del alcalde de Baztan, á otras varias mujeres y algunos carlistas de nota, y les impuso una multa igual de 14,000 duros.

de gloria que adquirió durante la guerra de la Independencia, habia rechazado las proposiciones de Napoleon de poner á sus órdenes 25,000 hombres para restablecer la libertad en España¹, no podia menos de mirar con disgusto y con recelo aquella rápida intervencion de los ingleses en la guerra civil, y mucho más cuando recibió cartas de Lóndres y de Paris en que le decian, que “observando el duque de Wellington la eficacia con que el Ministro de la guerra español, Valdés, promovia el envío de grandes refuerzos al ejército de operaciones del Norte, y conociendo la travesura de Mina, llegó á temer que de un momento á otro pudiera verse el Pretendiente estrechado, y acaso malparado; y trató de sacarlo de sus apuros, enviando un comisario especial, que neutralizase con su presencia el ardor de los dos generales españoles Valdés y Mina.” Y añadian, que *“lejos de llevar el enviado á D. Carlos proposiciones de abandonar el campo, el objeto era, por el contrario, afirmarle en la esperanza de salir victorioso.”*

No siendo lícito á la Historia condenar sin pruebas, nos abstenemos de decir todo lo que pensamos acerca de este asunto, limitándonos á consignar los hechos. Antes de recibir las graves noticias que acabamos de transcribir, y sin aguardar la llegada del comisario inglés, Mina, el 8 de Abril, envió al Gobierno su dimision del mando del ejército del Norte, fundándola en el mal estado de su salud: debe notarse que, cuando aceptó el cargo, ya se hallaba enfermo; y aunque es verdad que despues se habian agravado sus dolencias, no parece probable que este solo motivo le obligase á obrar así en aquellas circunstancias, tanto más si se considera, que el mismo dia, es decir, antes que pudiese llegar á Madrid la dimision, disponia el Gobierno la salida del Ministro de la Guerra, encargándole el mando del ejército de operaciones y de la reserva, y de las tropas que hubiese en las capitanías generales de Castilla y Aragon.

En cuanto Mina recibió la orden aceptando su dimision, que le fué remitida, desde Logroño, por Valdés, sin esperar á este, resignó el mando en el general Benedicto,

¹ «Cómo! exclama el honrado Mina en sus *Memorias*, recordando estas proposiciones. ¿Yo habia de llevar extranjeros armados á mi patria, y sobre todo franceses, despues de lo que acababa de sucedernos con ellos? ¿Tan pocos trabajos habíamos pasado, tan pocos sacrificios nos habia costado, tan poca sangre teníamos derramada para lograr echarlos de nuestro suelo, que habian pisado con engaños, para que ahora fuéramos á buscarlos y pedirles como de gracia el auxilio de aquellas mismas armas que habíamos combatido con tanto teson? Este proceder podria tener lugar en hombres que repararan tan poco como Bonaparte en medios, cuando queria lograr un fin, no en un honrado español que se preciaba de tal. Mi corazon de secha enteramente figurar con semejante papel en la historia de mi patria.»

No pensaban lo mismo los españoles que trajeron á los franceses en 1823, ni los que despues llamaban á estos y á los ingleses para que les ayudasen á someter á liberales y carlistas.

segun se le prevenia. La doble intencion que recelaba en los procedimientos misteriosos de los ingleses ; la falta de sinceridad por parte del Gobierno español respecto á él ; su misma prevision, confirmada luego por los hechos, y el deseo de rehuir la responsabilidad que pudiera caberle mezclándose en un asunto que su conciencia reprobaba, debieron influir en aquella repentina resolucion, tanto ó más que la carencia de salud.

No se equivocó Mina, por lo menos, en cuanto á los efectos que produciria la mision de lord Elliot. El enviado inglés fué muy bien acogido en el cuartel general y en la residencia de Don Carlos, que le recibió lleno de gozo, y accedió sin dificultad á sus deseos, bastando esto para que en todas partes hicieran los carlistas las mayores demostraciones de alegria, considerando la presencia de aquel personaje como de buen augurio para el triunfo de su causa, y como un paso dado hácia el reconocimiento de los derechos del Pretendiente por una potencia poderosa. Por de pronto, el influjo moral, si no otras causas, dió tal preponderancia á las fuerzas de los enemigos de la Reina, que desde luego puso en duda el éxito definitivo de la guerra.

El convenio para el cange de prisioneros, propuesto por lord Elliot, fué firmado en Logroño, el 27 de Abril, por D. Gerónimo Valdés, y en Eulate, el 28, por Zumalacárregui, habiendo intervenido en esta conferencia diplomática el general Córdoba. Por uno de sus artículos se estipulaba que, "si la guerra se extendia á otras provincias, se observasen las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y el reino de Navarra ^{1.}," Luego veremos cómo fueron observadas en Cataluña y en otras partes las estipulaciones de aquel convenio, cuyos resultados benéficos apenas se tocaron.

Pero, en cambio, los planes de Mina quedaron desconcertados, y en el momento en que llegaban los refuerzos necesarios para ejecutarlos, alcanzaban los carlistas ruidosos triunfos. Cuando aquel general se vió obligado á dejar el mando, los cuidados y los apuros de Zumalacárregui eran mucho mayores que al comenzar la guerra; pero inmediatamente hizo sufrir este caudillo al ejército de Valdés una derrota en las Amezcoas, pocos dias antes de firmar el famoso convenio, y pudo presentar á lord Elliot, medio desnudos y extenuados de hambre, los prisioneros hechos en la accion de Artaza, diciéndole que en obsequio suyo les daba la libertad y la vida ^{2.}

¹ Véase el documento número 2, al final de este libro.

² Para apreciar en todo su valor la importancia de la separacion de Mina del mando del ejército del Norte, bastará leer los

A la derrota de Valdés, siguió el desastre de las valientes tropas que mandaba el brigadier Iriarte, quedando 553 cadáveres vistos en las calles y campos de Guernica, y 200 prisioneros en poder de los carlistas. ¿Y cómo cumplian estos el tratado de Elliot, cuya tinta no estaba seca todavía? Fusilando *nueve oficiales*, en represalias de la muerte dada por la columna de Iriarte á *dos soldados* hechos prisioneros en la accion de Arratia ¹.

En celebridad de estas dos victorias, el 3 de Mayo se cantó un solemne *Te-Deum* en Oñate, residencia entonces de D. Carlos.

V.

Durante los meses de Marzo y Abril habian ocurrido graves desórdenes en varios puntos. En Málaga los provocó la intolerancia de su comandante general D. Nicolás Isidro, tratando de oponerse á que la música de los urbanos tocase himnos patrióticos, en ocasion de acompañar el cadáver de un miliciano al cementerio. Los ánimos, ya exasperados, de los liberales se exaltaron, y una violenta conmocion popular obligó á Isidro á deponer el mando huyendo de la ciudad. Bastó para restablecer la tranquilidad la intervencion del Ayuntamiento, asociado de los jefes de la Milicia y de algunas personas influyentes.

siguientes párrafos de la proclama que con este motivo dió Zumalacárregui á sus tropas, y que hizo publicar en los periódicos extranjeros :

«Bravos soldados, decía, felicitémonos. El Dios de las batallas nos protege. Jamás su proteccion se ha manifestado de una manera más patente que ahora. De débiles que éramos, nos hemos convertido en fuertes; de tímidos, en bravos. Él nos ha conducido por su mano protectora de victoria en victoria: él se ha servido de nuestras armas para abatir el orgullo de Sarsfield, del tráfuga Quesada, de un Rodil, coronado de laureles en Portugal. Él ha querido además manifestar á la Europa, por un hecho singular, que los defensores de la legitimidad de nuestro buen amado D. Carlos V de Castilla y VI de Navarra, son bien dignos de la victoria. ¡Él nos ha presentado por contrario á Mina!... Mina solo podia balancear nuestra victoria. Mina solo podia detener sobre los bordes del abismo el vacilante trono de la débil criatura, que la bajeza y el crimen quieren imponer nos por reina; él, que á la energía, á la actividad y á su talento militar, reúne una reputacion colosal, y por sus venas corre sangre navarra... Y sin embargo, él ha caído.»

¹ La accion y derrota de Guernica fué el 1.º de Mayo, tres días despues de haberse concluido el tratado de Elliot. La de Arratia era anterior. El parte carlista decía: «Fueron fusilados, en represalia del asesinato cometido por la misma columna con dos soldados nuestros hechos prisioneros en la última accion de Arratia, el coronel comandante de Gerona; otro coronel, del Príncipe, D. Francisco Antonio Cornet; el teniente coronel de Córdoba D. Fernando Balboa; los capitanes D. Félix Quirós, del Príncipe, y D. Felipe Maldonado, de Córdoba; el teniente D. Antonio Castro, del Príncipe; los subtenientes D. Mariano Herrero, D. Braulio del Sar, D. Ramon Avesantile, de Gerona, Almansa y 3.º de línea, *despues de haber recibido los auxilios espirituales.*»

En Zaragoza estalló un motin contra el Arzobispo, que se mostraba opuesto á las reformas. Un fraile de la Victoria, llamado Crisóstomo Caspe, fué el instigador de aquel tumulto, y el que poniéndose á la cabeza de las turbas, las condujo á cometer excesos criminales, asesinando en la calle á un canónigo respetable por su saber y sus virtudes, y á cuatro religiosos en el convento mismo de la Victoria. La actitud imponente de los milicianos y del vecindario reprimió la asonada, impidiendo la perpetracion de nuevos crímenes, y salvando al Arzobispo.

En Murcia hubo desórdenes parecidos, siendo el blanco de las iras populares el Obispo y el Intendente, que debieron su salvacion á la fuga. Estos movimientos obedecian á instigaciones astutas y engañosas, y eran deplorados por los buenos liberales, que ningun bien podian prometerse para su causa de la repeticion de tales escándalos.

Nada de esto habria sucedido probablemente, á no ser por la agitacion que reinaba en los ánimos descontentos de la marcha que seguia el Gobierno, y del empeño con que procuraba resistir á las aspiraciones de la parte más liberal del país, enérgica y diariamente manifestadas por sus órganos naturales en la prensa y en la tribuna. La situacion era gravísima y muy ocasionada á trastornos; las sociedades secretas extendidas por todas partes, tenian soliviantadas las pasiones y estaban decididas á tomar por fuerza lo que de grado no se queria conceder. El Ministerio y sus delegados en algunas provincias veian que era inminente la proximidad de una explosion; así lo repetian en sus comunicaciones reservadas, en las cuales llamaban á los liberales impacientes con los nombres de turbulentos, anarquistas y demagogos; y careciendo de medios para contenerlos, pretendian imponerles con precauciones inútiles. El temor al desbordamiento de la anarquía la estaba provocando.

Se necesitaba en aquellas circunstancias hacer esfuerzos supremos para dominar los peligros que rodeaban á la causa liberal y al orden público: era menester quitar todo pretexto de justa queja, único modo de desarmar á la revolucion, y de robustecer el prestigio moral de la autoridad para reprimir los desórdenes: era preciso vigorizar el espíritu público, entrando resueltamente en el camino de las reformas administrativas y políticas, y confiar á la fuerza ciudadana, bien organizada, la defensa de los pueblos y el mantenimiento de la tranquilidad, á fin de disponer de todo el ejército para combatir la faccion.

Pero se tenia miedo á las reformas; la situacion era cada dia más crítica, y el peligro arreciaba. “Esta situacion, decia ya en Marzo el general Llauder, desde Man-

resa, se complica extraordinariamente por las maquinaciones que en sus sociedades proyectan los demagogos, produciendo la impunidad con que obran, la licencia con que imprimen sus doctrinas, y el tono amenazador con que se erigen en intérpretes de la opinion pública tal efecto en los ánimos, que la consecuencia es el descrédito, la falta de prestigio de una autoridad, que no tiene medios de destruir estos preliminares de desorganizacion..”

Y luego añadía: “Continúo trabajosamente superando los cuidados y atenciones que me cercan; y para desconcertar los designios anárquicos que se me anuncian... no solo envío al general Bassa á Barcelona, en la imposibilidad de abandonar yo ahora la montaña, sino que á los gobernadores civiles y delegados de policía hago el más estrecho encargo para la debida vigilancia, y que procedan con toda firmeza y energía contra los perturbadores si intentasen consumir su obra, aplicándoles instantáneamente todo el rigor de las leyes, que sabré hacer respetar en defensa de la conservacion del órden y del crédito del Gobierno, aun á costa de mi existencia..”

Vanos propósitos: así pensaba tambien el Gobierno, sin decidirse á reconocer su impotencia para hacer frente á la guerra y á la revolucion. Entre tanto, las deplorables noticias que llegaban de las provincias del Norte, así como tambien del incremento de las facciones en Cataluña y otras partes, sobreexcitaban los ánimos. El tratado de Elliot, sin ser conocido, era una de las causas de descontento; porque su sola existencia daba á los carlistas la importancia que hasta entonces se habia pretendido disimular, y esa importancia real era abultada en vista de los recientes descabros sufridos por las tropas de la Reina.

El 11 de Mayo se temieron graves trastornos en Madrid; el Gobierno creyó necesario tomar sérias precauciones, y al efecto hizo colocar fuerzas en el Prado y delante del Estamento de procuradores, y llenó las tribunas de agentes de policía: esto, lejos de conjurar la tempestad, dió pábulo á la efervescencia de las pasiones, y motivo para una sesion borrascosa, que concluyó con un voto contrario al Ministerio, declarando la cámara que se estaba en el caso de “ocuparse legalmente en examinar la conducta de los secretarios del despacho respecto de las estipulaciones entre el general Valdés y el rebelde Zumalacárregui..”

Levantada la sesion, al salir á la calle y dirigirse á tomar su coche, Martinez de la Rosa fué rodeado por grupos amenazadores, que blandiendo armas, gritaban: “¡Muera el traidor!”. Salvóle afortunadamente su valor y serenidad, que bastaron para imponer respeto á los descontentos.

A los pocos días reclamaba el Gobierno español de los de Inglaterra y Francia la cooperacion armada, teniendo que vencer Martinez de la Rosa su repugnancia á dar este paso, en vista de que el general Valdés “habia expuesto de la manera más terminante y perentoria, que no hallaba otro recurso más que el expresado para reanimar el espíritu del ejército y quebrantar el ánimo de los rebeldes.” Temíase, lo que en efecto sucedió, que los carlistas obtuviéran algunas victorias ó lograsen extenderse fuera de las provincias del Norte; y en esta prevision decia el Ministro de Estado á nuestro Embajador en Paris: “Cualquiera suceso de esta clase podria producir simultáneamente dos efectos opuestos, y ambos de funestísimas consecuencias, á saber: insurreccionarse alguna otra provincia del reino por hallarse estas con muy escasas guarniciones, ó producir la misma gravedad del peligro, ó su temor abultado, un desencadenamiento de las pasiones populares, *á impulso de un partido que propende á los desórdenes y á la anarquía.*” Con el auxilio de los extranjeros, esperaba el Gobierno conjurar ambos peligros, “colocándose en una posicion bastante firme y elevada *para dominar así todos los partidos y enfrenar sus demasias.*”

El gabinete inglés fué de parecer que “no habia llegado todavía el momento de la cooperacion armada pedida por España;” y el de Francia creyó, con fundamento, que no debia por sí solo intervenir.

A pesar de la reserva con que se llevaron estas negociaciones, la prensa de Paris se ocupó de ellas, y divulgándose en Madrid, tanto la peticion como el desaire produjeron una gran exaltacion en los ánimos y una violenta oposicion contra el Ministerio. Ya este habia cerrado la legislatura en 29 de Mayo, estorbándole los Estamentos; pero el gabinete presidido por Martinez de la Rosa no pudo soportar el peso de su impopularidad, y cayó en 8 de Junio, encargándose de formar otro el Conde de Toreno, que desempeñaba en aquel la cartera de Hacienda: queria conservarla con la presidencia del Consejo de Ministros; pero tuvo que ceder á una exigencia del Duque de Ahumada, propuesto para el departamento de la Guerra, y se encargó del Ministerio de Estado, que entonces se consideraba el primero en importancia, nombrando para el de Hacienda á D. Juan Alvarez y Mendizábal¹, que, hallándose en Lóndres, no tomó por entonces posesion de su destino.

¹ «Viendo que Ahumada insistia en no ser presidido por el ministro de Hacienda, Toreno hubo de ceder, y pensó confiar este departamento á un testafarro, que fuese obediente al que, contra su primera intencion, tomaba la cartera de Estado. Alvarez Guerra propuso á Mendizábal, á la sazón residente en Lóndres, y que, con ser poco conocido de Toreno, le pareció, sin embargo, muy á propósito para tener sobre él el ascendiente que deseaba, y mantener su influencia en el ministerio de Hacienda, que acababa de dejar, disponiendo así de un subalterno, que habia demostrado viveza, diligencia, actividad y dotes

El nuevo Ministerio era un compuesto heterogéneo de hombres de diversas ideas y procedencias; pero que habria reanimado el espíritu público, si Toreno hubiese querido realmente variar de política: hizo algunas concesiones á la opinion; pero escatimadas unas, y otras tardías.

Entre tanto no podia ser más apurada y desastrosa la situacion de los defensores de la Reina en las provincias del Norte; perdidas por ellos las principales poblaciones, abandonadas otras, el grueso del ejército abatido y obligado á replegarse á Miranda de Ebro, despues de haber sufrido fuertes descalabros, quedaba casi todo el territorio vasco á la merced de los carlistas, que se decidieron á poner sitio á Bilbao, cuya heroica resistencia inmortalizó á sus defensores. Allí recibió Zumalacárregui, el 15 de Junio, una herida, que á los pocos dias le causó la muerte. Fué una pérdida irreparable para la causa de D. Carlos, aunque este no lo creyera ¹.

El mismo dia que falleció el caudillo carlista, (24 de Junio), hizo Valdés dimision del mando en jefe del ejército, que dejaba en un estado deplorable. La opinion pública, vivamente sobrecitada con estos acontecimientos, designó á Córdoba para suceder en el mando á aquel benemérito general, más desgraciado que culpable.

útiles como auxiliar, reconocidas en el mismo decreto de nombramiento, más largo y razonado de lo que semejantes documentos suelen serlo, y en el cual, refiriéndose á Mendizábal, se hablaba de la importancia de manejar con saber el crédito, especialmente en circunstancias difíciles.»—FERDANDEZ DE LOS RIOS. Obra citada.

¹ La cláusula principal del testamento de Zumalacárregui decia así:

«Dejo mi mujer y tres hijos, únicos bienes que poseo: nada más tengo que dejar.»

Cuando anunciaron á D. Carlos la muerte de su mejor caudillo, exclamó con aparente resignacion:

«Son cosas que Dios hace!»

Quizás, no le pesaba á D. Carlos verse libre del hombre temido y sospechado, á quien ya no se creia necesario, segun relacion de un personaje carlista.

CAPÍTULO III.

Estalla la revolucion.

SUMARIO.—Las facciones en Cataluña.—Quema de los conventos y otros excesos: Zaragoza, Reus, Barcelona.—Lo que quiere el pueblo.—Propágase el movimiento y se organiza la revolucion.—Providencias del Gobierno: errores gravísimos.—Situacion desairada de PRIM: acciones en que toma parte.

I.

La inmensa gravedad de los acontecimientos que se amontonan en este período de nuestra Historia nos obliga á dedicarles una atencion particular, no pudiendo prescindir de referirlos ; porque constituyen uno de los episodios más importantes del drama político de España. Casualmente, la situacion en que PRIM se encontraba durante este tiempo no le permitia distinguirse, ni dar aquellas muestras de su valor y decision que tanto anhelaba.

Ya vimos en el capítulo anterior el incremento que iban tomando las facciones carlistas en Cataluña. El sistema últimamente adoptado por Llauder para combatir- las estaba dando resultados contrapuestos. La concentracion de las tropas y de los urbanos en los fuertes habia dejado los más de los pueblos á la merced de los carlistas , que despues de llevar á todas partes el saqueo y el robo, se encontraron sin medios para subsistir ; pero sus fuerzas no mermaban, á pesar de los frecuentes descalabros que sufrían y de pasar una vida angustiosa y miserable. Acosados por la necesidad, agrupaban entonces sus partidas, y se aproximaban á las grandes poblaciones y á los fuertes, no vacilando en atacarles para buscar la subsistencia ó los recursos que les faltaban, y oponiéndose audaces á las pocas columnas que recorrían el pais.

A fines de Mayo, una partida entró por sorpresa en el pueblo de Camarasa , que guarnecian cincuenta urbanos, los cuales se refugiaron en la iglesia para defenderse.

Incendiada esta por los facciosos, y obligados á rendirse los urbanos, su capitán, su teniente y el alcalde del pueblo fueron bárbaramente asesinados; y cual si aquella horda de salvajes quisiese parodiar los famosos *casamientos republicanos*, pero con más fiereza, después de atar de dos en dos y espalda con espalda á los demás infelices prisioneros, los degollaron, arrojándolos luego con enormes piedras por el puente del Segre.

Un acto de increíble audacia cometian al mismo tiempo otras bandas carlistas. Necesitaban pólvora, y fueron á buscarla en el depósito que tenían sus enemigos á las puertas de Manresa: durante la noche del 30 de aquel mes, horadaron las paredes del edificio, y extrajeron cuanta pólvora fué menester para cargar las acémilas que al efecto llevaban preparadas. No se concibe un hecho semejante, á no mediar una criminal connivencia. Tres dias despues, el coronel Novella, enviado con 800 hombres á rescatar aquellas municiones, alcanzaba á la faccion, y sufría una derrota cerca de Matamargó.

Entre tanto, el cabecilla Saurá, que con 200 hombres se hallaba en Vall de Vir, era batido por el comandante de Bañolas D. Pedro Font, siendo completamente destrozados los carlistas, y pereciendo ahogados en el Ter muchos de los que buscaban su salvacion en la fuga.

De este modo, con alternativas de suerte adversa ó favorable, continuaba la guerra en Cataluña, sin adelantar terreno la pacificacion del país, creciendo la faccion cuando se la creía derrotada y dispersa, y obligando á Llauder á reclamar continuamente refuerzos, que no era posible mandarle. Sucumbian algunos cabecillas, y otros levantaban partidas, que osaban bloquear la Seo de Urgel; mientras el Ros de Eroles, Caballería y el Muchacho, reuniendo las suyas, atacaban al pueblo de Gósol, y arrollando á los urbanos que les salieron al encuentro, les ponía en duro aprieto, é incendiaban algunas casas para obligarles á rendirse, no retirándose sino despues de una obstinada lucha, y ante el temor de verse sorprendidos por fuerzas superiores que pudieran ser destacadas de la vecina villa de Berga.

Estos mismos cabecillas se presentaron á los pocos dias delante de la Pobra de Lillet, y acometiéndola y quemando varios edificios inmediatos al fuerte, intimaron la rendicion á los milicianos que le guarnecian; pero aquellos valientes se mantuvieron firmes, resistiendo el ataque, hasta que fueron socorridos por las tropas de Berga y de Solsona.

Por la parte de Montblanch se habia formado el núcleo de una faccion considera-

ble, compuesta de varias partidas, con las que el Llarch de Copons llegó á juntar unos 1500 hombres. Hízose enconradizo con ellos en Pasanant el coronel Niubó, marchando á la cabeza de 120 guias y 24 caballos: era plan combinado; y cuando los carlistas, cayendo sobre tan débil fuerza, creían asegurado su exterminio, viéronse acometidos por las columnas que los gobernadores de Tarragona y Lérida mandaban, sufriendo tal desastre, que despues de su completa dispersion, más de cuatrocientos se acogieron á indulto.

Pero inútiles eran estas y otras ventajas parciales para impedir el crecimiento de las facciones, cuanto menos para acabar con ellas. Los dispersos de Pasanant volvian á reunirse al poco tiempo en el mismo punto, sin que nadie les molestase, y allegaban en los pueblos indefensos gente y recursos: en el Urgel, en la alta montaña, en la provincia de Gerona, por todas partes crecía y se multiplicaba aquella plaga asoladora, que muy en breve, favorecida por los trastornos revolucionarios, y por las torpezas del Gobierno, llegó á contar más de veinte mil hombres en campaña solo en el Principado de Cataluña.

La revolución, desde tanto tiempo prevista y provocada, rompió al fin los diques de la paciencia. Desocupados los puntos militares para acudir á sofocar aquel incendio, que ningun poder humano era bastante á dominar ya por la fuerza; paralizadas las operaciones, y fija la atención de las autoridades en los grandes centros de población, cuando más falta hacia en otras partes, no es de extrañar que los facciosos, aprovechándose de las circunstancias, adquiriesen, como en efecto adquirieron, un formidable desarrollo, que habria convertido á Cataluña en otra Navarra, si hubiese habido entre ellos más unidad y disciplina.

II.

Veinte meses de una lucha sangrienta y desastrosa, provocada por los fanáticos partidarios del absolutismo teocrático, tras de veinte años de ignominioso despotismo y de anarquía monárquica; veinte meses de sacrificios estériles é incalculables, para sostener en el trono á una niña, entonces inocente, con la esperanza siempre burlada de recobrar el bien perdido de una libertad racional y justa; los recuerdos crueles de los padecimientos sufridos y de las víctimas inmoladas al Moloc de la tira-